

Rafael A. Herria R.

## LA DOCTRINA DEL ETERNO RETORNO

Juan Trejos.

En su función de pensar, el hombre está habituado a relacionar sus propios movimientos con los movimientos aparentes del Sol, contando los tropismos del día y de la noche, del amanecer y del ocaso, con ritmo inalterable, un día y otro día, meses y años.

De este reiterado cómputo de movimientos el hombre infiere una idea general, abstracta, a la cual da el nombre de tiempo. Esta es una idea nugatoria, en verdad, que hace muy difícil comprender cómo, en el infinito mundo estelar, no existe diferencia entre una noche que dura lo que la Tierra tarda en dar media vuelta sobre su eje, y una noche que dura varios años terrestres en esa misma media vuelta de otro astro inmenso y lejano.

Esa idea de tiempo no es, en realidad, más que la derivación de un cotejo y a la vez de un cálculo que practicamos constantemente sobre nuestros movimientos y los movimientos de los cuerpos celestes. No es otra cosa más que la comparación de un movimiento con otros movimientos. El fenómeno temporal sólo es una apariencia de fenómeno.

Precisamente esos cuerpos en movimiento están constituidos por masas materiales cuya gravitación en el infinito espacio, es virtud propia de su misma naturaleza. Así es la naturaleza del átomo, como también lo es la naturaleza de una lejana e inmensa nebulosa sideral. De apercibir y de remirar esa naturaleza, nace la idea de tiempo, idea que no podemos expulsar del pensamiento y que nos difraza, en muchos casos, la realidad de los hechos que tratamos de comprender.

La idea de tiempo tiene origen, pues, en la comparación que suele hacerse entre los movimientos sucedidos en el espacio. Es una manera de mirar un espacio recorrido. La duración de los seres tiene, por aparte, un sentido preciso muy distinto del que ordinariamente damos al tiempo. El concepto de duración se distingue fundamentalmente del concepto de tiempo en que ella es la existencia misma del ser en su devenir, es la existencia del ser en sus cambios, fuera de comparaciones. En otras palabras: la duración es la permanencia del ser en la existencia. Sus categorías son: la eternidad y la infinitud.

En el mundo infinito reside el ser creado, el ser que llegó a ser y que tiene una causa; es creado y es capaz de durar infinitamente. Este ser no tiene fin pero tiene límites en su propio espacio y en sus movimientos. Este ser se despliega a semejanza de una línea de pincel que se estuviera trazando perpetuamente, fuera del tiempo, como una estela que se extienda sobre un espacio limitado; el movimiento del trazo, es el acto, y el espacio del mismo trazo es potencia pasiva, es la capacidad evolutiva del ser; capacidad limitada, pero perdurable.

Así podemos explicarnos el ser existente, el ser en acto, conforme a la doctrina del sabio Estagirita. El ser en potencia pasa a ser en acto y, a la inversa, el ser en acto a su vez pasa a ser potencial. A estos cambios del ser, al compararlos con los cambios de otros seres, es el fenómeno que llamamos tiempo y que en la realidad sólo es un movimiento en cierto espacio limitado.

De la manera expuesta concebimos la existencia del ser, o sea, su duración en acto. Luego distinguimos los conceptos anexos que son: la eternidad, como atributo exclusivo de la Divinidad creadora, y la infinitud, que es, en este caso, atributo de los seres creados. Estos seres duran infinitamente, en lo que los hombres llamamos tiempo, aunque este sólo es el espacio recorrido por cuerpos en movimiento.

Que los seres del mundo duran infinitamente, o que duran eternamente; son estas las principales proposiciones que se han planteado los filósofos desde hace más de veinticinco siglos, las cuales han sido objeto de sus hondos estudios y de sus controversias.

\*

\*      \*

Según la doctrina del eterno retorno de todas las cosas del mundo, concebida por los griegos de la antigüedad clásica, la vida del hombre encaja en esa infinita rotación de la materia, de manera que la vida se renueva exacta y periódicamente como todo lo que existe en el Cosmos. Ahora bien, así las cosas del mundo y haciendo abstracción del tiempo, nuestra existencia es un perpetuo presente en ese rodar eterno y universal. El fenómeno podemos hoy compararlo con el rodar periódico de un filme que en su repaso por la pantalla expresase la conformación exterior y la índole de una persona determinada.

Vamos a interpretar y a glosar esta teoría, objetivamente, sin adherirnos a ella todavía, porque es muy probable que habrá de ofrecérsenos en el futuro alguna otra interpretación más perfecta y tal vez otra tesis más próxima a la verdad.

Al margen del mecanicismo de los estoicos de la antigua Grecia, pensamos que en asocio de esta materia rotatoria y cósmica, la persona humana puede a la vez ejercer su facultad espiritual. Así es que, no obstante semejante rodar sin fin de la materia, si logramos apartar de nuestra mente la idea de tiempo, se comprenderá que el hombre no habría de dejar en este caso de ser naturalmente libre. El hombre es tal como él mismo se define en la vida, es tal como él se despliega en el infinito presente de su existencia entre los mundos del espacio.

La doctrina del eterno retorno merece atención, porque puede alumbrar los pasos en la senda de la verdad que el hombre procura descubrir. Esa doctrina, por lo pronto, acredita la sentencia del Catedrático de Madrid, José Ortega y Gasset, que dice: "Yo soy yo y mi circunstancia". Proposición muy bien fundada porque sabemos que el Yo resume, en una intuición y un recuerdo, la vida toda de cada persona, y que además el Yo es el centro de las circunstancias en que esta persona se ha formado. De manera, pues, que dichas circunstancias perduran en una rotación material como elementos que son del compuesto humano quien él mismo se denomina Yo.

Veamos otras consideraciones que se pueden deducir de esta teoría, según la cual, después de un período de varios miles de años, todas las cosas del mundo vuelven a empezar iguales a como han venido sucediéndose puntualmente; y veamos cómo el tiempo, que es creación propia de cada individuo humano, no transcurre cuando cesa la vida. No transcurre tiempo entonces, repetimos, solamente se desliza el espacio propio de movimientos ajenos, como es el espacio recorrido por los astros y el que recorre la luz.

Los cometas entran en el ámbito particular del Sol y transitan por el espacio, ante nuestra vista, dejando una estela de luz más o menos tenue y prolongada. Al cabo de cierto espacio recorrido, estos cuerpos desaparecen para nosotros aunque la respectiva estela de vibraciones luminosas y otras vibraciones más, quedan en lo extenso e ilimitado como en un filme sin fin. No vuelven a pasar esas formas frente al ojo humano sino después de muchos años o siglos; no vuelven sino después de recorrer distancias inmensas.

No es quimérico pensar que el ser humano sea de veras en la vida un ser de naturaleza rotatoria, como es la de esos maravillosos seres del espacio que se dejan ver periódicamente desde la Tierra. En una compendiosa obra impresa expuse mi convicción de que es el orden del Universo el que conduce necesariamente a la resurrección personal, pero de cómo se ha de desarrollar este acontecimiento advertí que no hay aún dictado científico. (1) No lo hay, pero debemos hallarlo; hemos llegado apenas a vislumbrar esa realidad y notamos que ella se aclara poco a poco a fuerza de estudio, a fuerza de reflexión sobre la propia vida que nos alienta y en virtud del análisis de ciertos aspectos de ella misma, comparándolos con otros del mundo circundante, para descubrir un hecho nuevo que signifique un paso más hacia el descubrimiento de la verdad sobre el hecho ignoto.

El hombre entra una vez en el mundo, en este infinito mundo estelar que observamos y que es paso a paso como lo vamos conociendo cada vez mejor. En él transita el hombre y deja una estela de recuerdos y refulgencias materiales como trazos perfilados en el espacio, hasta caer luego todo en el olvido, como si jamás hubiese existido. Pero el hecho probable, según la teoría que interpretamos ahora, es que el hombre vuelva a pasar por este mundo al cabo de millones de años terrestres, dejando aquella misma estela de recuerdos de su vida y de su obra más o menos meritoria. Luego desaparece de nuevo este ser humano, como anteriormente, y después retornará de allá, de lo infinito, al cabo de otros muchísimos siglos, y sigue ocultándose como se oculta el Sol para salir luego en un orto renovado, siempre de la misma manera, infinitamente, en virtud de su propia naturaleza material cuya textura obedece a un movimiento cíclico.

He aquí delineada e interpretada hoy la vieja teoría del eterno retorno concebida por los griegos, por Heráclito de Efeso y los estoicos, recogida en el siglo XIX por Nietzsche y en el siglo XX por Abel Rey (2). Es admisible la efectividad de esta rotación constante de los seres en el mundo infinito, adonde se realiza en un perpetuo presente, pues ahí todo es capacidad y acción permanentes, es decir, la extrema realidad es ahí sólo espacio y movimiento fuera del tiempo. Nótese también que esa perpetua rotación explica los casos de conocimiento del futuro, tratados por el Prof. Charles Richet en su libro *L'Avenir de la Premonition* (Editions Montaigne, Paris).

Pese a que se entrevea un acierto en la teoría cosmológica del eterno retorno, como está expuesta no es doctrina que le resuelva al pensador sus dudas respecto a la finalidad de semejante manera de existir en el mundo. Es verdad que todo lo que el hombre hace en su vida individual se perpetúa de cierta manera; prueba de ello es la memoria. ¿Dónde están las imágenes del pasado? ¿De dónde vienen éstas a la memoria? El recuerdo, esa imagen que se aprehende en el acto de recordar, esa imagen de un ser o de un acontecer que se perpetúa y que es recogida por el órgano respectivo del encéfalo, la cual es un elemento de sensibilidad indispensable para que se produzca el hecho consciente, ¿adonde está cada vez que la evocamos?

(1) J. Trejos: *Cuestiones de Psicología Racional* - Ediciones Iberoamericanas, S. A. Madrid, pág. 112.

(2) "¡Hombre! Toda tu vida, como un reloj de arena, será siempre de nuevo retornada y se deslizará siempre de nuevo, no estando cada una de estas existencias separada de la otra más que por el gran minuto de tiempo necesario para que todas las condiciones que te han hecho nacer se reproduzcan en el ciclo universal. Y entonces hallarás de nuevo cada dolor y cada alegría, cada amigo y cada enemigo, cada esperanza y cada error, cada brizna de hierba y cada rayo de sol, y todo el ordenamiento de todas las cosas. Este ciclo en el cual tú eres un grano, brilla de nuevo". Nietzsche: *Le Gai Savoir*. "La ley del eterno retorno en el objeto, es la visión exterior de la intuición interior de nuestra eternidad. Sentimus et aeternos esse. Spinoza". Abel Rey: *Le retour éternel et la philosophie de la physique*. Flammarion Editeur. Paris. (Págs. 310-316.. - Traduc. del Autor).

Esa perpetuidad es una verdad de experiencia; la imagen no puede estar impresa en la masa cerebral como en una placa fotográfica, porque esa materia orgánica se está modificando constantemente con el riego sanguíneo. Debe hallarse, pues, en la materia cósmica y es de ésta de donde la percibe el órgano de la imaginación, tal como lo hace el órgano ocular para recoger sus respectivas imágenes. Estos hechos demuestran la realidad de un pasado potencial, es decir, demuestran la realidad de un pasado capaz de un infinito retorno a la actualidad.

Pero como está planteada desde larga data la doctrina del eterno retorno, deja sin solución el cardinal problema del objeto de la vida humana. A fin de que se magnifique la referida teoría y de que ella sea motivo justo para un fructuoso estudio, le falta partir fundamentalmente hacia una causa final; le falta la condición de que en ese existir perpetuo pueda realizarse una perfección individual humana también perpetua; es decir, que en ese retorno eterno de la materia orgánica del hombre se realice la perfección infinita de su espíritu (3).

En el ser humano está de manifiesto su espíritu, independiente de la materia, independiente de esa masa de cuya naturaleza rotatoria no puede participar, pero que en asocio de ella sí tiene ocasiones para lograr una perfección ilimitada.

De esta presunta manera, y una vez aclarados otros posibles extremos del problema, puede llegar acaso a ser admitida en el futuro, sin reservas, la teoría del eterno retorno por todo ilustrado pensador. En tales circunstancias, aquella línea de pincel traída aquí anteriormente como una analogía o símbolo de la existencia humana, podría significar esa pincelada un trazo cada vez mejor marcado y reaparecer en cada rotación con tonos más luminosos, en toda la eternidad.

\* \* \*

De todos los movimientos y cambios materiales habidos en la Tierra, se deben desprender efluvios ondulatorios que forman en torno de nuestro mundo un halo y una cola semejantes a los elementos que constituyen un cometa.

Por lo que la ciencia experimental nos ha descubierto, podemos admitir que en algún punto de las lejanas masas de materia cósmica que vemos en el cielo, se deben acoplar todos los elementos del proceso evolutivo de nuestro planeta, hasta los de la vida del ser humano. Esto es probable científicamente por los conocidos efectos de las irradiaciones de los cuerpos en el infinito espacio. Y como posible circunstancia, nos es dado suponer, además, que ya se hubiese iniciado allá, en esa materia cósmica, por leyes físicas, el determinado retorno de todas las cosas del mundo en que vivimos. Allí mismo debe de condensarse de nuevo todo el pasado de este mundo.

Con frecuencia nos preguntamos si algún día podremos lograr una visión clara de este que hoy es un recóndito misterio; y luego pensamos que, para las personas optimistas entre las cuales se hallan los sabios investigadores, no es de dudar esa posibilidad de un constante avance científico en ese sentido, porque de otra manera sería el caso de ir hacia el apagamiento de la ciencia.

Partiendo de lo que otros pensadores han desentrañado, es seguro que se descubrirán en el futuro verdades cuya realidad hoy no podemos ni sospechar. El hombre inquiere tenazmente la verdad de una vida mejor allá y se ingenia para

(3) "Es porque se nos escapa la transición o intervalo entre las dos vidas, por lo que la palingenesia no es un hecho científico, pero es una proposición y una creencia cuyos principios se toman del orden moral. Adoptemos esta antigua doctrina de los estoicos que creían en la destrucción y en las palingenesias sucesivas de la humanidad y del mundo; pero transformémosla por la idea de progreso. Sustituuyamos el sistema fatalista por el de la libertad". Renouvier: *Essais de Critique Gènèrale. Psychologie Rationelle*. 3me. ed. II, pág. 277. (Trad. de J. T.).

llegar a saber cómo se ha de realizar esa vida. El no puede dar crédito a una vana repetición de una existencia que a nada bueno conduzca, de una existencia obtusa, más pródiga en pesadumbres que en bienandanzas y que repugna en sana razón.

¿Habrá de ser tan ardua la conquista de la Verdad, tan difícil una conformidad de lo real con el intelecto humano?

Así ha de ser. Así lo estamos viendo. A esa disciplina estamos sometidos, salvo una revelación extraordinaria que nos sorprenda y nos alumbre la buena senda de la verdad que se investiga. Entonces se nos presentarán nuevos enigmas para descubrir; este es cabalmente el objeto de nuestra vida: conocer la Verdad.

Hoy día, cuando ya se han lanzado desde la Tierra satélites interplanetarios, ¿podría ponerse en duda la realidad del espacio? Es preciso observar cómo el espacio es la primera manifestación objetiva que se nos presenta a nuestra intuición del mundo exterior. Lo primero que advierte el niño en los comienzos de su vida es la posición de las cosas en el espacio; es la primera realidad que el hombre halla en el mundo y ninguna otra es más evidente ni más accesible a su comprensión de esas cosas. Habitualmente no dudo que si me muevo es porque hay capacidad o espacio para hacerlo y con este conocimiento básico, intuitivo y racional, me conduzco en la vida con la misma certidumbre como cuando pienso que yo existo.

El espacio infinito existe. He aquí una verdad comprobada científicamente; es capacidad sin límites; lo tengo a la vista y la ciencia astronómica se basa en esa realidad comprobada para sus investigaciones. No obstante tanto dato positivo, se ha dicho que el espacio no existe y que el problema es el tiempo.

En este siglo XX lo hemos leído: se ha dicho que el espacio no existe y que el problema es el tiempo. Pero con mayor afianzamiento, según lo hemos demostrado, se puede asegurar lo contrario. Es tan patente la realidad del espacio, que con esta base puede advertirse con claridad que el tiempo ya no es un problema. No podemos negar que para darnos cuenta del tiempo en los primeros años de la vida, hemos necesitado una lenta experiencia, un aprendizaje apoyado en el raciocinio, el cual, con premisas engañosas, no nos movió a la intuición de la realidad; en cambio, nada de esto hemos necesitado para conocer el espacio, nos bastó una intuición directa.

El pensamiento filosófico es un fogueo indagatorio y en su ejercicio suele darse con frecuencia en errores y en antagonismos; además el raciocinio, como se apoya necesariamente en el mecanismo de la imaginación, desvía muy a menudo conceptos del pensador hacia una conclusión falsa.

Las diferentes concepciones del mundo, algunas totalmente antagónicas, alcanzan, por fortuna, cierto grado de conciliación complementaria cuando se penetra bien en ellas. La exactitud de esta afirmación podemos demostrarla remitiéndonos al pensamiento de Parménides, cuya doctrina se concilia con la del eterno retorno en cuanto a la perpetuidad del ser. Sus palabras, en la parte que ahora nos interesa, son las siguientes: "Es necesario decir y pensar que el ente es, porque es posible que sea... Sólo queda aún un camino de que hablar: que es. Y en este hay muchísimas señales de que el ente es ingénito e imperecedero, pues es completo e incommovible, y sin fin, ni fue jamás ni será, puesto que ahora es todo a la vez, uno, continuo... El juicio, pues, sobre estas cosas consiste en esto: es o no es. Y por consiguiente está decidido ya, como forzoso, que hemos de dejar uno de los dos caminos como impensable y sin nombre (ya que no es verdadero camino) y que el otro es real y verdadero. Porque ¿cómo sería después lo que es? ¿O cómo llegaría a ser? Si llegó a ser no es, y tampoco es si ha de ser alguna vez. Así el llegar a ser está extinguido y la destrucción es incomprendible" (4).

(4) H. Diels, Parménides, B6, B8, B8-15. Traducción aquí según Julián Marías: *La Filosofía en sus Textos*.

De sus meditaciones deduce Parménides que el devenir es imposible. El Universo material y extenso es el ser único, eterno, inmóvil: es unidad total donde no hay ni generación ni destrucción ni movimiento.

Parménides, como Heráclito, llegaron a un pleno determinismo por puntos de vista opuestos; el primero, afirmando un realismo absoluto; el segundo, atenido al valor de la experiencia sensible, asegurando que nada es, pero que todo cambia y pasa en incesante devenir.

Dos siglos más tarde Aristóteles resolvió esta antinomia, al distinguir dos realizaciones del ser totalmente diferentes: el ser en acto, y el ser en potencia. En acto el ser eterno, absoluto, acto puro, motor inmóvil; El es quien es y no es posible que no sea. Luego el ser en potencia, el ser creado, la realidad capaz de llegar al acto en grados determinados; pasa alternativamente de la potencia al acto y del acto a la potencia.

El Ser absoluto ha de abarcar, en un eterno presente, los actos de todos los seres creados, seres en acto y seres en potencia. Así se comprenderá bien que el ente potencial sea ingénito e imperecedero, como lo postula Parménides refiriéndose al ser en general. Los pensadores de la escuela aristotélica podemos admitir en este sentido el postulado de Parménides: "si llegó a ser, no es, ni es si ha de ser". Podemos admitir también que el ente se desarrolla con capacidad limitada, infinitamente, en su propia órbita; es decir, en un eterno retorno; más propiamente dicho: en un infinito retorno.

La secular especulación filosófica no ha pasado en vano; hoy se admite que todas las doctrinas, aun con sus errores, contienen enseñanzas aprovechables mediante una crítica cuidadosa y avisada.

\* \* \*

Una minuciosa observación nos puede llevar al convencimiento de la espiritualidad del ser humano, que es innata; espiritualidad que llega a ser evidente para quien se halle libre de prejuicios y se proponga comprobar el hecho en conversaciones y en lecturas.

Podemos tener constancia cierta, basada en esa observación sobre la conducta de una persona, de la esencia espiritual de su respectivo Yo, constancia clara de la inmaterialidad de ese centro solidario de una memoria y de una inteligencia que aspira al conocimiento de las cosas del mundo y del espíritu. Podemos tener pruebas de un Yo espiritual que explora, en su objeto de estudio, los recintos de la belleza o que escudriña los indicios de lo verdadero y de lo justo, de un Yo que se empeña en saber el porqué y el para-qué de su propia existencia y que intuitivamente repudia cuanto observa contrario a la razón. Pues basta que el individuo se detenga en la inspección de las cosas del espíritu para mostrar su fondo espiritual, desde luego que hace objeto de sus investigaciones aquello que es netamente inmaterial.

Es innegable, pues, la espiritualidad sustancial del hombre, no obstante que en unos la veamos revelarse de manera viva y espontánea, pero que en otros es aparentemente negativa la manera de manifestarse; sólo se llega a descubrir esa espiritualidad mediante muy atenta observación, especialmente sobre actos que parecen probar lo contrario.

Las emanaciones del espíritu aun saltan del pensamiento mismo de los más convencidos materialistas, como por ejemplo, en el caso de esta teoría del eterno retorno. Esta doctrina acusa una espiritualidad revestida con el velo de un mecanismo cósmico y rotatorio. Allí una recóndita espiritualidad se trasluce en la fórmula racional que mejor guarda una adecuada concordancia con el positivismo filosófico. Se presta admirablemente, la vieja teoría de un retorno eterno a la vida, para servir de vestidura materialista al que encubre su propia naturaleza espiritual. ¿No es un acto

espiritual del hombre concebir la perpetuidad de su existencia en el mundo, es decir, su inmortalidad?

El infinito mundo es una armonía universal de movimientos, de causas y de efectos. La voz griega *Kosmos* denota conveniencia, buen orden, armonía. Una inmortalidad sin objeto no cabe en el Universo como tampoco nos cabrá nunca en razón.

Y en ese infinito que tenemos a la vista, entre esas nebulosas espirales que podemos observar desde la Tierra con un buen telescopio, a distancias de incontables años luz, ahí mismo residimos los hombres al margen de los siglos; ahí sigue su curso la vida de cada uno de nosotros, ahí entramos todos en la rotación sin fin de los mundos de la Vida Láctea y de las lejanísimas e innumerables nebulosas del Cielo. La evolución histórica y real de todos los seres ahí se nos ofrece a nuestra inteligencia.

Mediante esa rotación periódica de la materia, el individuo humano puede perfeccionar infinitamente su propia esencia espiritual; y así como un día no es igual en ciertos detalles al día siguiente, una vuelta del rodar sin fin de la materia no tiene que ser exactamente igual a la precedente, pues interviene el hombre. Y entonces, este ser personal y libre se puede acercar siempre más, cada vez, al Dios de Amor y de Sabiduría.

Estas reflexiones parten de una teoría de las que merecen mayor atención entre aquellas de la filosofía de la antigua Grecia; merece un hondo examen en relación con los más recientes datos que la ciencia experimental pueda prestarle a la filosofía contemporánea. Son consideraciones que parten, como lo hemos visto, de una vieja doctrina que hoy está confirmándose científicamente, debido a los análisis de la materia practicados en los laboratorios y comprobados por la Cosmología. Sin embargo, la realidad puede ser diferente y aun puede ser ella debida, tal vez, a otra coordinación natural y prodigiosa que hoy no hemos alcanzado a descubrir.

Lo que sí vemos confirmarse a lo largo de la investigación filosófica, hasta no dejar ya lugar a duda, es la verdad cristiana de que, a la luz de la razón —a más de la eficacia de la intuición y de la fe— tenemos positivamente abierto el camino de la vida personal hacia la eternidad.

El Autor es Correspondiente de la Real Academia Española y Secretario de la Academia Costarricense de la Lengua. Ha publicado: *Resumen de Psicología*, San José, 1929, 1931, 1946; *Cuestiones de Psicología Racional*, San José, 1934, 1935, 1946, Madrid, 1959; *Los Principios de la Economía Política*, San José 1938, 1944, 1951; *Temas de Nuestro Tiempo*, San José, 1945. También ha publicado numerosos artículos sobre temas económicos, políticos y sociales